

HERENCIA DE LA EDAD MEDIA

Pompeyo Ramis M.*

Me uno jubilosamente en espíritu y con esta modesta letra, al homenaje que aquí se tributa al filósofo universal Alberto Rosales. Su pensamiento ha contribuido a dilucidar muchos misterios de la filosofía contemporánea, por lo que su labor merece ser muy estimada tanto por los filósofos como por quienes cultivan alguna ciencia hasta las últimas preguntas.

Resumen

En esta corta exposición resumo los principales aspectos de la herencia intelectual del medioevo, en ciencia, literatura y arte. Son rebatidas las opiniones negativas sobre el oscurantismo, barbarie y baja latinidad de la Edad Media. Se pondera la importancia de los filósofos y teólogos medievales en vistas a la creación del lenguaje científico. Finalmente, escojo como muestras algunos fragmentos de poesía medieval sagrada y profana, acompañados de breves comentarios.

Palabras clave: Edad Media, oscurantismo, barbarie, bajo latín, poesía, ciencia.

MIDDLE AGES HERITAGE

Abstract

In this brief explanation I summarize the most remarkable points of the Middle Ages, regarding to science, art and literature. Negative opinions about supposed medieval obscurantism, barbarity and low latin, are refuted. Medieval philosophers and theologians are considered in their important role with regard to development of the scientific language. Finally, and by way of example, I have chosen some extracts from medieval poems, with a short comment about them.

Key words: Middle Ages, obscurantism, barbarity, low latin, poetry, science.

* Profesor Titular Jubilado. Maestría de Filosofía. Universidad de Los Andes.

(Conferencia pronunciada en el Aula Simón Bolívar de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes durante las Jornadas de Pensamiento Medieval, en el marco de la celebración del Bicentenario de la Independencia).

Ninguna época de la historia ha sido tan vilipendiada como la Edad Media. Toda una leyenda negra se ha cernido sobre ella desde el Renacimiento hasta nuestros tiempos. Cuando queremos trazar cuadros de oscuridad, rudeza de costumbres y atraso de instituciones, acudimos a la consabida analogía del retorno a la Edad Media. Con insuperable ligereza, el transcurso de mil años se condensa en una frase lapidaria, como si durante diez siglos y en medio de las más variadas tendencias, no hubiese habido más que esclavismo, hogueras y anatemas. Un hombre como Petrarca, perteneciente a la baja Edad Media, parecía lamentarse de estar todavía viviendo en la “media tempesta”, como él llamaba a su época. Como si dijera: “Hemos perdido todo un milenio paralizados entre la majestad del imperio romano y la iluminación de la nueva era que se avecina”.

Por lo visto, el autor del *Canzoniere* no se estaba olvidando sólo de sí mismo sino también de su coetáneo Dante Alighieri. No quiso darse cuenta de que una buena parte de su estro poético y toda su técnica métrica le provenían de poetas muy anteriores que él probablemente conocía bien, desde San Ambrosio, pasando por Venancio Fortunato y Pablo Warnefrido, hasta llegar al mismo Tomás de Aquino. En efecto, los hombres del Humanismo y del Renacimiento en general no podían olvidar que todo el acervo de que disfrutaban era medieval. Se expresaban con el mismo lenguaje, participaban de los mismos temores escatológicos, se refugiaban en los mismos mitos y creencias, y, aunque con algunas disidencias dogmáticas, rezaban y adoraban al mismo Dios con la misma liturgia católica y romana. Es decir, renegaban de su propia época, que todavía no se había extinguido.

Pocos hubo que se mostraran tan antimedievales como Erasmo, al tiempo que pocos como él le debían tanto al medioevo. La retórica con que se ensañaba contra filósofos y teólogos se valía de los mismos recursos que aprendió de ellos. El largo párrafo que les dedica en su *Encomium Morias*, abunda en chispas de comicidad, pero siempre a costa de escatimar las precisiones conceptuales, que aun con sus sutilezas, han quedado como herencia para los cultivadores de todas las ciencias¹. El deslumbramiento que causó a los humanistas el resurgir de las buenas letras latinas les impidió la suficiente perspectiva histórica para discernir el valor objetivo de la literatura medieval. Para los humanistas era bárbaro todo escrito que no sonara con la elegancia de la latinidad clásica.

Pero los denuestos contra la Edad Media se agravan con las corrientes ilustradas del siglo XVIII. Aquellos sabios, más doctrinarios que buenos críticos, ya eran casi insensibles a la barbarie del latín, puesto que se sentían orgullosos de la perfección a que había llegado su lengua francesa; pero en cambio se rebelaban contra las instituciones medievales, y de modo muy especial contra el talante aristotélico de la Iglesia católica. Los Ilustrados eran antimedievales porque eran anticlericales. Las ciencias y las letras perdían lo mejor de su calidad si ostentaban el *nihil obstat* de los censores eclesiásticos.

¹ Cf. *Encomium Morias*, LIII, (ed. Clasiques Garnier), París, 1953, p. 116 ss.

Ellos fueron quienes impusieron la costumbre de aludir a las instituciones medievales para hacer antinomia con todo lo que significara civilización, progreso, saber y otros conceptos semejantes. En opinión de Voltaire, sólo valía la pena profundizar en el mundo medieval si eso servía para despreciarlo más. Según Diderot, nada mejor que la filosofía escolástica para envilecer el espíritu humano². Aquella propaganda aún conserva cierta actualidad, pues hoy día se nos puede acusar de medievales a poco que descuidemos ciertas apariencias para que nuestros actos resulten de buen recibo.

Pero no podían faltar las tendencias favorables a la Edad Media. En el inicio de esta reacción hay que colocar el pensamiento de Schelling, por haber puesto el acento en el aspecto estético del espíritu humano, en la valoración de la naturaleza, del sentimiento religioso y protagonismo del individuo, todo lo cual ya había sido fomentado por la Escuela Franciscana del siglo XIV. No es casual que en la escuela romántica de Schelling figuraran varios pensadores que eran médicos de profesión. El contacto con realidades humanas como sentimientos, emociones y pasiones les hacía sintonizar con el sentido aventurero de las gestas medievales, sus ideales caballerescos, sus torneos, el misterio de sus catedrales y monasterios, etc. El mismo Goethe confesaba su estremecida admiración al penetrar en aquellos lugares que obligan al observador a mantener la cabeza en alto.

Lo que atraía a los románticos hacia el mundo medieval no eran las cuestiones filosóficas y teológicas, ni los tormentos de las conciencias ante el problema de la Predestinación, sino los elementos estéticos, los lances amorosos, los misterios de las penumbras góticas, las bizarrías caballerescas y otras cosas por el estilo. Pero el movimiento romántico recibe categoría académica cuando los historiadores comienzan a desempolvar códices y caen en la cuenta de la riqueza intelectual, estética y jurídica que se encuentra con sólo investigar entre los siglos XII y XIV. La lista de estudiosos es muy larga, aunque no vayamos más allá de la historia del pensamiento en general: Cousin, Werner, Jourdain, Remusat, etc. Y si queremos investigadores que hayan profundizado mucho más, activando un gran movimiento de rehabilitación del medioevo, hallaremos a Pelster, Ehrle, Grabmann, Lacombe, Mandonet, Xiberta, de Wulf, Chenu y muchos otros más. Con estos autores no se llegó a la eliminación completa de los simplismos y las antítesis peyorativas, pero se introdujo una disposición mucho más crítica en el ánimo de los curiosos.

La verdad es que no hay que emplear grandes esfuerzos de convicción para entrar en acuerdo con los rehabilitadores de la Edad Media. Sobran títulos para que los defensores de aquellos tiempos se empleen a fondo. En cuanto a los argumentos de los adversarios, ya no parecen hoy tan convincentes como en el siglo XVIII. Fácilmente se reducen a tres: oscurantismo, barbarie y baja latinidad.

² Cf. Faile, G. Historia de la filosofía, BAC, Madrid, 1960, v. II, p. 17.

Oscurantismo. Palabra de gran vaguedad. Espinosa labor sería para un graduando en Historia escribir una tesis sobre los diversos sentidos del oscurantismo medieval. Mirando a lo que aquí nos atañe, de dos maneras podemos entender esa oscuridad: como impedimento de que la instrucción llegue a todas las clases sociales, o como escasez de productos del entendimiento y la habilidad humana. Desde ambas partes de la perspectiva, ningún oscurantismo se percibe, sino más bien lo contrario. La Reforma Carolingia tuvo entre sus finalidades la de no dejar que ningún estrato social careciera de la instrucción que requería, dentro de lo entonces posible. Incluso desde el período medieval menos brillante, el que va desde la muerte de Escoto Eriúgena hasta mediados del siglo XI, se continuó reuniendo en las escuelas palatinas y monacales lo más granado del pensamiento y cultura del mundo cristiano. Salvo algunos casos de reacción místico-sectaria, no había límites para la difusión del saber. A los benedictinos, con su lema “Ora et Labora”, les debemos, entre otros muchos tesoros, la conservación y difusión de toda la literatura científica, poética y filosófica de la antigüedad clásica, griega y latina. Aparte de la Teología y Filosofía, en artes y ciencias se enseñaba todo lo que según la época era posible aprender. Especialmente para quienes aman la música y las letras, podemos hablar de Gerberto de Auxerre, Fulberto de Chartes y Guido de Arezzo. Y el mundo de las ciencias nacería poco más tarde con Alberto Magno, Roger Bacon y Alberto de Sajonia. Ciertamente, son personajes que brillan poco porque están situados en lo más espeso del aquel “oscurantismo”; pero a ellos debemos la continuación y renovación de brillantes programas de instrucción escolar, así como la creación de instrumentos músicos y artefactos de observación astronómica. Claro está que era rudimentario, como suelen serlo las creaciones precursoras. Pero hay una institución típicamente medieval que no tiene nada de rudimentaria, y que todavía queda en pie: la Universidad. Aún hoy la podemos llamar con las mismas palabras de Inocencio III en un documento de 1208: *Universitas magistrorum et scholarium* (“Universidad de maestros y escolares”). Nuestros métodos de enseñanza siguen siendo semejantes, y los títulos que entonces se conferían casi suenan igual que los nuestros: *Licencia ubique docendi*. (“Licencia de enseñar en todas partes”). O bien: *Ius docendi hic et ubique terrarum*. (“Derecho de enseñar aquí y en todo el orbe de la tierra”). Habida cuenta de la estrechez territorial de los tiempos, aquellos títulos tenían un valor universal, que los nuestros naturalmente no pueden tener. (Con todo no es despreciable el dato de que en época escolar la población de París aumentara en más de tres mil, tan sólo para escuchar las lecciones de Abelardo).

Barbarie. Puede significar pobreza de cultura, atraso de civilización, crueldad y brusquedad de costumbres. Si nos referimos a la pobreza cultural, lo dicho anteriormente es prueba de lo contrario. Pero aún falta añadir a ello el trabajo de los numerosos monasterios, con sus bibliotecas y copisterías, sin contar otras actividades creativas en todos los aspectos de la agricultura y producción de bienes de consumo. En la Edad Media existían todas las manifestaciones culturales según lo iba permitiendo cada momento -¡que fueron tantos!- de su desarrollo social. Todas las épocas tienen algo de “bárbaras”

si comparamos sus culturas con otras posteriores. Si por barbarie entendemos ausencia de civilización, estamos ante una imagen cuando menos polivalente. ¿Qué historiador es capaz de discernir cuál es, o ha sido, la mejor civilización de todos los tiempos? La civilización proviene de la civilidad, que es consustancial a la racionalidad de nuestra especie. Y tratándose de barbarie, reconoceremos que había muchas costumbres bárbaras, pero ignoramos si las de entonces lo eran más que algunas de las posteriores, incluidas las de hoy día. Si consultáramos a los antropólogos, oíríamos muchos relatos que nos asombrarían. Ahondar más en este terreno podría suscitar xenofobias. Detengámonos aquí porque “peor es meneallo”. En cuanto a la barbarie como sinónimo de crueldad, también es mejor callar, pues en nuestra postmodernidad funcionan sistemas de tortura que dejan en matillas a todos los anteriores, cuánto más a los medievales.

Baja latinidad. Para los Humanistas, éste era el pecado capital de toda la Edad Media. Sin embargo, el latín que se escribió durante mucho más de mil años tras la caída del Imperio Romano, no fue todo malo, ni lo fue durante todo el milenio. Ni el latín de Escoto Eriúgena, ni el de la Escuela de San Víctor ni el de Juan de Salisbury pueden calificarse de toscos o descuidados. Hay muchos autores que escriben en estilos más esmerados cuando hablan de materias que exigen menos rigor conceptual. Un Buenaventura, un Alberto Magno, un Tomás de Aquino no exhiben el mismo estilo en los tratados teológicos que en los discursos y sermones. Por otra parte: ¿qué es lo que debemos entender por eso de “un buen latín”? El latín no pasó de refinado a tosco sólo porque el pensamiento cristiano quiso borrar al pagano. Los filólogos y gramáticos ya saben cuáles son las leyes que rigen las mutaciones de los idiomas. Los lenguajes cambian según las epistemologías que se imponen. Durante la Edad Media se estaba creando el lenguaje científico, y por eso no podía mantenerse la exquisitez del latín clásico. Para la ciencia es necesario un sistema de signos que represente el pensamiento con la mayor desnudez posible, de modo que el lector capte directamente la sustancia de la cosa y no los ornamentos que la envuelven. En esto estoy tomando prestada la palabra de Pío Baroja, quien, aunque lego en la cuestión que aquí tocamos, nos transmite buena lección. Cito de memoria, pero literalmente: “Mi ideal literario es la retórica en tono menor. Entiendo por esto una forma tan ajustada al pensamiento y al sentimiento, que no exceda un punto de ellos. Si yo fuera arquitecto haría que una viga fuese viga y no pareciera otra cosa, aunque tuviese ocasión de disfrazarla”. Una retórica de tono menor: tal es el lenguaje científico que nos transmitieron los medievales. Pensemos en algunos títulos como: *De auditu physico*; *Summa theologiae*; *De ente et essentia*; *Computus naturalium*; *De erroribus medicorum*; *De proportionibus velocitatum*, etc. ¿Hubiera sido posible escribir estos tratados en un estilo similar al de Cicerón, o Tito Livio, o tal vez San Agustín? Quizá sí, pues la formación clásica no les faltaba ni tampoco la facundia. Pedro Damiani, que condenaba la estética literaria como producto diabólico venido de los paganos, no desdeñaba componer ocasionalmente elocuentes discursos, y hasta himnos de estrofas sáficas al estilo de algunas odas Horacio. Pero la ciencia y la

filosofía no admitían semejantes lujos. Las cuestiones que se agitaban en la Edad media no podían ser abordadas sino con lenguaje llano y directo, pues de haber sido lo contrario es improbable que se llegara a formar una teología positiva, junto con la filosofía que le servía de andamiaje racional. Usar para ello un latín con elegancias hubiera sido, aparte de una impertinencia, una carrera contra los signos de los tiempos, porque, a medida que el saber progresa necesita de un lenguaje cada vez más exento de barroquismos. Para San Agustín no había posibilidad de usar otro estilo que el que imponía la retórica de su tiempo, que daba prevalencia a la forma literaria. Según él mismo confiesa, llegó a menospreciar la Biblia porque veía su estilo “como algo indigno de compararse con la dignidad Tuliana”. Y prosigue: “Mi orgullo rechazaba aquel modo de hablar y por eso mi percepción no penetraba en la interioridad del contenido. Para ello había que hacerse niño, y eso era para mí una indignidad, pues yo, en mi hinchazón y fastuosidad, me sentía grande”³. Tal vez alguien dirá que la belleza literaria siempre es bien venida. Cosa muy cierta, pero también lo es que mientras domina la obsesión por el ornato de la forma, no pueden correr buenos tiempos para las ideas claras y distintas. Cuando son éstas las que se imponen, sea por exigencias del tema o por el gusto de la época, los adornos retóricos no sólo están de más, sino que molestan. A medida que el pensamiento se va volviendo más preciso, le van estorbando más las florituras retóricas. No estoy invitando a subestimar la obra de San Agustín por causa de la retórica, pues el estilo es inseparable del escritor, pero también es justo preguntarse si su pensamiento no parecería más diáfano con un discurso menos brillante.

Objetivamente, el latín de los medievales no debería calificarse de bárbaro y tosco, sino de *sobrio*. Sobrio, porque así lo requerían los nuevos aspectos de la dogmática teológica, la filosofía y las otras ciencias. Puesto que ya se habían acallado las intrigas pelagianas y maniqueas, ya no era necesaria la retórica temperamental. Las quisquillosidades de los herejes habían obligado a los teólogos a deslastrar el lenguaje para adecuarlo mejor a las ideas. Así que la prosa que se requería en plena Edad Media debía ser una prosa llana y sosegada; y las veleidades retóricas -que también las había-se reservaban para los discursos *extra scholam*.

Ahora bien, la sobriedad de estilo no implicaba cerrar las puertas a la estética literaria. En la Edad Media abundan poetas y buenos prosistas, la mayoría de los cuales tomaba inspiración en motivos religiosos, como entonces era de rigor. La tradición poética venía desde los primeros siglos, cuando se iban formando los diversos modelos de estrofas que han perdurado hasta hoy, sin que esto significara la desaparición del hexámetro clásico. Éste siguió en su puesto como documento poético, pero no entró en el uso litúrgico debido la dificultad de musicalizarlo y de aislar los conceptos envueltos en lenguaje tan elaborado. Y como la mayoría de los poemas se componían para ser cantados, era natural que prevaleciera la versificación rítmica y de contenido claramente inteligible.

³ Confessionum libri tredecim, III, c. V.

Además, la labor de los compositores musicales se facilitaba mucho más si el poema se presentaba en estrofas de versificación rítmica y uniforme. Así la poesía medieval presenta dos modalidades: la examétrica, estrictamente literaria, y la destinada al uso litúrgico. A continuación expongo algunas muestras –sagradas y profanas- de la segunda modalidad, que es la más típicamente medieval.

Una larga lista de poetas se acredita al lado de Prudencio y Sedulio. Como es propio de este lugar, sólo mencionaré algunos de los que, en tiempo y mentalidad, son plenamente medievales. De entre sus poemas escogeré los compuestos en estrofas similares a las usadas en las lenguas modernas. Debo advertir algo evidente: que la traducción, aunque fiel y correcta, siempre desluzca el original.

(Nota: para mejor apreciar el ritmo de los versos latinos, pondré acento –que en latín no se usa- en todas las palabras esdrújulas y las llanas de más de dos sílabas; también escribiré con diptongo los sonidos *ae* y *oe*, como se pronunciaba en su tiempo y lo exige además la cadencia del verso. Por la misma razón suprimiré algunos diptongos mediante diéresis).

VENANCIO FORTUNATO (s. VI). Poeta lírico-narrativo de extensa producción. Escojo dos estrofas de sendos poemas entre los más conocidos: una del himno *Vexilla Regis* y otra del *Pange, lingua*.

Vexilla Regis (Himno a la Cruz, compuesto en cuartetos de octosílabos esdrújulos):

**Arbor decóra et fúlgida,
ornáta Regis púrpura,
elécta digno stípíte
tam sáncta membra tângere.
Beáta, cuius bráchiis
secli pepéndit prétiüm,
statéra facta córporis
predámque tulit tártari**

Árbol hermoso y fúlgido,
adornado con púrpura del Rey
y elegido como madero digno
de tocar tan santos miembros.
Dichosa tú, de cuyos brazos,
como si fueran balanzas,
pendió el precio del mundo
y al infierno arrebató la presa.

Pange, lingua (en estrofas de sextillas, combinando octosílabos llanos con heptasílabos esdrújulos):

**Crux fidélis, inter omnes
arbor una nóbilis!
Nulla silva talem profert
fronde, flore, gérmine:
dulce lignum, dulces clavos,
dulce pondus sústinet.**

Oh Cruz fiel, entre todos los maderos
el único noble!
Ninguna selva lo produce igual
en follaje, floración y frutos:
dulce leño, que sostiene
dulces clavos y dulce peso⁴.

⁴ Cf. Liber Usualis Miase et Officii, Desclée & Socii, Tournai, 1957, pp. 575 y 742.

Venancio Fortunato se sitúa entre los últimos clásicos y los primeros medievales. Es clásico por influencia de los poetas más cercanos a la era postclásica, como Sedulio y Prudencio; y es medieval por el toque más emotivo con que aborda el tema religioso.

PABLO WARNEFRIDO -Paulus Diaconus- (s. VIII), Mucho más prosaico que el anterior; más versificador que poeta; autor de varios himnos, entre los cuales el más conocido es *Ave, maris Stella*, aunque su autenticidad ha sido discutida. Presento dos estrofas:

Ave, Maris Stella (en cuartetos de hexasílabos llanos).

**Ave, maris Stella,
Dēi mater alma,
atque semper virgo,
felix celi porta!**

Salve, del mar estrella,
de Dios madre nutricia
y por siempre virgen,
feliz puerta del cielo!

.....

**Solve vincla rēis ,
profer lumen cecis,
mala nostra pelle,
bona cuncta posce**

Rompe las cadenas de los reos,
infunde luz a los ciegos,
expulsa nuestros males,
reclama todos los bienes.

.....

**Monstra te esse matrem:
sumat per te preces,
qui pro nobis natus,
tulit esse tūus.**

Muestra que eres madre:
escuche por ti nuestras preces
aquel que, nacido para nosotros,
se dignó ser hijo tuyo⁵.

A Pablo Warnefrido se le atribuyen otros poemas de una latinidad muy superior, aunque de inspiración igualmente pobre. Por ejemplo, el himno a San Juan Bautista (*Ut queant laxis resonare fibris*). En realidad Warnefrido era más gramático e historiador que poeta.

PEDRO DAMIANI (s. XI). Hombre agrio y de estricta disciplina, se distinguió por sus invectivas contra la retórica, que a veces calificaba como invención diabólica. Sin embargo, personalidad contradictoria, brilló como elocuente orador y elegante prosista. Hombre prosaico, y sin embargo buen poeta. Su poema más conocido es un himno a la Virgen María (*Gaudium mundi*). Extraigo dos estrofas.

Gaudium mundi (compuesto en estrofas sáficas: tres endecasílabos llanos y un adónico).

⁵ Cf. *Ibidem*, p. 1261.

**Aula celéstis speciösa Regis,
fulta septénis Sóphië colúmnis,
quem nequit totus cohibére mundus
claudis in alvo.**

Tú, hermosa mansión del Rey celestial,
sostenida por las siete columnas de Sofía:
al que no cabe en todo el universo,
tú lo encierras en el vientre.

.....
**Lacte nutritur cibus angelórum,
fertur innúpte gremiö püelle,**

De leche se nutre el manjar de los ángeles;
es llevado en el regazo de una intacta
doncella,

**qui sua late ditöne terre
póndera librat.**

aquel que equilibra con su poder
el peso de la ancha tierra⁶.

La calidad poética de todo el himno puede competir con la de los mejores clásicos. Se caracteriza por la frecuencia de antítesis, pues cada pensamiento encerrado en las siete estrofas de que consta el poema, es antitético.

SANTO TOMAS DE AQUINO (s. XIII). Pocas personalidades se encuentran en la Edad Media que sean tan polifacéticas. Hay en su perfil poético mucha desigualdad cualitativa. En tal sentido, resaltaré tres aspectos de su personalidad: el poeta, el versificador y el rimador. El versificador es tan hábil que a veces iguala al poeta, pero el rimador no logra levantar vuelo: se queda en la mera habilidad. Enseguida las tres muestras por su orden.

Adoro te devote (himno al Sacramento del Altar, en cuartetos pareados de endecasílabos esdrújulos).

**Adóro te devote, latens Déitas,
que sub his figuris vere látitas:
tibi se cor meüm totum súbjicit,
quia te contémpkans totum déficit,**

Devotamente te adoro, latente Deidad,
que bajo estas especies te ocultas en verdad:
a tí mi corazón entero se somete,
porque contemplándote, todo desfallece.

**In cruce latébat sola Déitas,
at hic latet simul et humanítas:
ambo tamen credens atque cónfitens,
peto quod petítvit latro pénitens.**

En la cruz se escondía sólo la Deidad,
pero aquí se esconde también la humanidad:
mas ambas cosas creyendo y confesando,
pido lo que pidió el ladrón arrepentido.

.....

⁶ Cf. *Breviarium Ordinis Carmelitarum*, Desclée & Socii, Tournai, 1938, v. III (Pars aestiva), p. 935.

**Jesu, quem velátum nunc aspíció,
oro fiat illud quod tam sítiö:
ut te reveláta cernens fácië,
visu sim beátus tue glórië**

Jesús, a quien velado ahora contemplo,
te pido que se cumpla lo que tanto anhelo:
que mirándote un día a rostro descubierto,
sea yo feliz gozando de tu gloria.

Verbum supernum (versos libres en cuartetos de octosílabos esdrújulos).

**Verbum supérnum pródiëns,
nec Patris linquens dexteram,
ad opus suüm éxiëns,
venit ad vite véspëram.**

Descendió el Verbo supremo,
sin dejar la diestra del Padre,
y saliendo a cumplir su misión,
llegó al atardecer de la vida.

.....

**O salutáris Hóstiä,
que celi pndis óstiüm:
bella prémunt hostiliä,
da robur, fer auxiliüm.**

Oh salutífera Hostia,
que del cielo abres la puerta:
guerras hostiles nos cercan,
danos tu fuerza y auxilio.

Lauda Sion Salvatorem (secuencia compuesta en sextillas, octavillas y décimas monorrimas de pie quebrado).

**Fracto demum sacraméto,
ne vacilles, sed meméto
tantum esse sub fragméto,
quantum toto tégitur.**

En la fracción del sacramento,
no dudes, sino recuerda
que lo mismo se contiene en el fragmento
que en el tejido entero.

Nulla rei fit scissúra: Ninguna escisión se hace del objeto:

signi tantum fit fractúra, tan sólo del signo se hace la fractura,

qua nec status nec statúra por la cual, la cosa significada

signáti minúitur. no muda ni de estado ni estatura⁷.

Las muestras son demasiado escasas y fraccionarias para comprender cabalmente al filósofo y teólogo poeta. Probablemente sobreabunda el versificador, excepto en el *Adoro te devote*, donde verso y poesía se concilian. Por otra parte, la habilidad de encajar un concepto en la reja de una estrofa, con su cadencia y su rima, sin que el concepto pierda claridad sino que más bien la gane, es algo que, si no es pura poesía, es cuasi-poético. Nos hace recordar piezas como las coplas de Jorge Manrique, donde la gracia poética estriba precisamente en esta habilidad.

⁷ Cf. *Liber Usualis*... ed. citada, p. 948.

A continuación presentaré algunos modelos de poesía medieval profana y festiva, extraídos de la colección *Carmina Burana*. La latinidad de estos fragmentos es probablemente la de más baja calidad en toda la Edad Media; pero no por falta de numen, que tal vez aquellos ignotos bardos lo tenían, sino porque al poeta de la calle y las tabernas se le exige hablar directamente al nervio y a la piel del espectador.

Versos octosílabos llanos y de rima pareada:

**Alte clamat Epicúrus:
“Venter satur est secúrus;
dēus meūs venter erit,
talem dēum venter querit,
cuius templum est cucína,
in qua rédolent divína.”
Ecce deüs oportúnus,
nullo témpore ieiúnus;
ante cibum matutínium
ébriüs erúctat vinum,
cuius mensa et cratéra
sunt beätitúdo vera.**

Altamente clama Epicuro:
“vientre lleno está seguro;
mi dios el vientre será,
tal es el dios que mi vientre busca,
cuyo templo es la cocina,
donde huele lo divino”.
He aquí un dios oportuno,
el que nunca está en ayunas,
pues antes del desayuno,
ya ebrio, vomita vino;
y son la mesa y la copa
su felicidad verdadera.

.....
**Sic religiönis cultus
in ventre movit tumúltus:
rugit venter in agóne,
vinum pugnat cum medóne:
vita felix otiösa,
circa ventrem operósa**

Así el culto de la religión
en el vientre mueve tumultos:
el vientre ruge en la lucha,
pugna el vino con otros humores:
vida feliz y ociosa,
por el vientre laboriosa.

Octavillas de heptasílabos esdrújulos alternados con hexasílabos llanos, y con monorrima alterna:

**Mëum est propósitum
in taberna mori,
ubi vina próxima
moriëntis ori:
tunc cantábunt létiüs
angelórum chori:
“Sit Deüs propítiüs
hüic potatóri.”**

Es mi propósito
morir en la taberna,
donde los vinos estarán cerca
de la boca del moribundo;
entonces, aún más contentos,
cantarán los coros de ángeles:
“Que Dios sea propicio
a este pobre bebedor.”

Presul discretissime, Presidente discretísimo,
véniam te precor: te pido la venia:
bona morte mórrior, de buena muerte me muero
dulce nece necor: dulcemente me asesinan:
mëum pectus sauciãt me apuñala el corazón
puëllãrum decor, la belleza de las chicas;
et quas tactu néqueo y a las que no alcanzo con el tacto,
saltẽm corde mecor. al menos de deseo las fornico.

La producción poética del medioevo es tan vasta, en lo religioso y en lo profano, que resulta imposible en tan pocas muestras dar alguna idea de su carácter. Por tanto, no presumo, ni de lejos, haber satisfecho la curiosidad del lector. He escogido los modelos que me han parecido más adecuados a la sensibilidad actual, debido a su métrica similar a la de las composiciones clásicas de la mayor parte de las lenguas occidentales. Pero hay que observar que una gran mayoría de aquellos poemas, y en especial los aquí citados, fueron compuestos para ser cantados. Se trata, en cierto modo, de poesías por encargo, y muy a menudo requeridas con finalidad pedagógica. No es que estas condiciones obliteren del todo la vena poética, pero la constriñen notoriamente. Así se nota en estos fragmentos festivos, y de modo especial en los de la secuencia *Lauda, Sion, Salvatorem*, donde el versificador se lo juega todo a la única carta de su habilidad rimadora. Lo que suele ocurrir en estos casos es que la minusvalía poética se disimula con el canto. Unos versos ramplones suenan mejor cuando se cantan.

La música medieval: he aquí otro argumento para desmentir el oscurantismo y barbarie de esta época, que es probablemente la más musical de la historia, no sólo por ser la más larga, sino también porque su organización pedagógica fue la que más espacio concedió a la educación musical. La música era materia obligatoria a lo largo de todo el *Quatrivium*. En los monasterios era disciplina diaria, tanto para novicios y estudiantes como para profesos y provecos. Por tanto es muy probable que Santo Tomás fuese también músico, aunque carece de fundamento la suposición de que él mismo fuera el compositor de su *Lauda Sion*.

Muchas composiciones se perdieron y otras tantas fueron surgiendo después, pero aun teniendo sólo en cuenta las impresas en cantorales, misales y antifonarios, el tesoro musical que la Iglesia católica debe a la Edad Media es inmenso. Pero actualmente yace empolvado en los anaqueles de las bibliotecas. De donde resulta que, siendo la Iglesia la institución más rica en acervo musical, hoy día se comporta, musicalmente, como pobre de solemnidad. Si exceptuamos algunos centros religiosos donde todavía se cultiva la calidad, en la mayoría de los templos domina la ramplonería musical. Si esta observación fuera solamente mía, sería despreciable; pero desgraciadamente muchas autoridades la comparten, entre ellas la de Mons. Pablo Colino, Maestro de Capilla

emérito de la Basílica Vaticana y ex-director de la Academia Filarmónica de Roma, quien en diciembre de 2009 decía en una entrevista: “Hoy la música litúrgica está llena de aficionadillos. Hoy la música es la cenicienta”. ¿Tal vez efectos secundarios del Concilio Vaticano II? No estoy proponiendo la restauración del canto gregoriano, que parecería impertinente; pero existe gran cantidad de composiciones menores gregorianas y paragregorianas, que son fácilmente convertibles al canto figurado, y que puestas en manos de buenos traductores y arreglistas, causarían mucho mejor efecto que las cancioncillas que actualmente se usan. Así lo supo hacer la Iglesia Anglicana en sus himnarios litúrgicos, donde entre muchos anónimos medievales y premedievales, figuran autores latinos y griegos como Sedulio, Venancio Fortunato, Anatolio, San Ambrosio, Pablo Warnefrido, Juan Damasceno, Tomás de Aquino y otros. La clerecía anglicana intuyó muy bien que la liturgia debe entrar por los sentidos; y que si la música de los templos es de mala calidad, queda fallido el signo principal de las ceremonias rituales.

Tal es, muy esquemáticamente, una parte de nuestra herencia medieval, de la que somos continuadores y perfeccionadores. Continuamos y perfeccionamos el lenguaje científico, artístico y literario, esperando que en los siglos futuros no seamos también nosotros falsamente acusados de bárbaros y oscurantistas.

